

derecho á esto el poeta? Ahora le he abierto á usted mi corazón, le he dejado leer en él, y puede por lo tanto creer en la sinceridad de lo que voy á añadir. Por rápida que haya sido la ojeada que le dirigí, bastó para modificar mi juicio. Más bien que mujer, es usted á la vez un poeta y una poesía. Sí, usted tiene algo más precioso que su belleza, usted es el hermoso ideal del arte, la fantasía... El paso vituperable en una joven á quien espera un destino vulgar, cambia por completo de aspecto en la doncella que estuviera dotada del carácter que yo le atribuyo á usted. En el gran número de seres arrojados por la casualidad de la vida social sobre la tierra para componer una generación, existen excepciones. Si la carta de usted era la terminación de una larga serie de sueños poéticos acerca de la suerte que la ley reserva á las mujeres; si ha querido usted, arrastrada por la vocación de un espíritu superior é instruído, conocer la vida íntima de un hombre á quien concede usted genio á fin de crearse una amistad desprovista de las relaciones comunes que la acompañan con un alma semejante á la de usted, librándose así de todas las condiciones de su sexo, indudablemente es usted una excepción. La ley que sirve para medir los actos de la generalidad, es entonces demasiado estrecha para medir los de usted, y lo que tuve el gusto de decirle en mi primera carta, se lo repito ahora con mayor razón: Ó ha hecho usted demasiado ó no ha hecho bastante. De nuevo dóyle las gracias por el favor que le he merecido, el cual, obligándome á sondarme el corazón, me ha librado de ese error, bastante común en Francia, de que el matrimonio es un recurso para hacer fortuna. En medio de las turbaciones de mi conciencia me ha hablado una voz santa, y yo me juré á mí mismo procurarme una fortuna, por mí solo, á fin de que ningún sentimiento codicioso me inspire en la elección de una compañera. Finalmente, me he vituperado y reprimido la malsana curiosidad que usted había hecho nacer en mí. Usted

no tiene seis millones, pues no hay incógnito posible en el Havre tratándose de una joven que poseyese semejante fortuna, y, por otra parte, sería usted denunciada por esa jauría de familias que veo yo á caza de herederas en París y que empuja al gran escudero á casa de los Vilquín. De modo que los sentimientos que le expreso han sido concebidos, abstracción hecha de toda novela ó verdad, como regla absoluta. Pruébeme usted ahora que tiene una de esas almas á las que se les perdona la desobediencia á la ley común, y entonces dará la razón en su interior á esta mi segunda carta, como la dió á mi primera. Si está usted destinada á una vida humilde, obedezca á la ley de hierro que mantiene á la sociedad. Como mujer superior, la admiro á usted; pero si quiere usted obedecer al instinto que debe reprimir, la compadezco. La admirable moral de la epopeya doméstica titulada *Clarisa Harlowe*, demuestra que el amor legítimo y honrado de la víctima es causa de su perdición cuando ha sido concebido, desarrollado y proseguido á pesar de la familia. La familia, por estúpida y cruel que sea, tiene razón, en contra de lo que opina Lovelace. La familia es la sociedad. Créame usted: para una mujer, la gloria estribará siempre en encerrar sus caprichos más ardientes en la esfera de las conveniencias más estrechas. Si yo tuviese una hija que hubiese de ser la señora de Staël, le desearía la muerte á los quince años. ¿Puede usted suponer á su hija expuesta en el caballete de la gloria y exhibida para obtener los homenajes de la multitud, sin experimentar mil terribles disgustos? Por grande que sea la altura á que una mujer se eleva con la poesía secreta de sus sueños, debe sacrificar su talento ante el altar de la familia. Sus impulsos, su genio, sus aspiraciones al bien y á lo sublime, todo el poema de la soltera pertenece al hombre á quien acepta por esposo y á los hijos que le dé el cielo. Entreveo en usted un secreto deseo de agrandar el estrecho círculo de la vida á que toda mu-

jer está condenada y de hacer un casamiento de pasión y de amor. ¡Ah! este es un sueño hermoso, no es imposible, es difícil; pero existe en la realidad para mayor desesperación de las almas (dispéñseme usted esta palabra) *desaparejadas*.

»Si busca usted una especie de amistad platónica, sepa que acaso constituirá la desesperación de su porvenir. Si la carta de usted fué un juego, no lo continúe, y en ese caso la novela se ha acabado, ¿no es verdad? No lo habrá hecho, sin embargo, sin haber dado algunos frutos, pues mi probidad se ha armado con esto, y usted, por su parte, tiene una prueba de lo que es la vida social. Fije usted sus miradas en la vida real, y aplique á las virtudes de su sexo el entusiasmo pasajero que la literatura le inspira. Adiós, señorita. Hágame usted el honor de concederme su estimación. Después de haberla visto á usted, ó á la que yo creo que es usted, me pareció su carta muy natural: una flor tan hermosa tenía que volverse hacia el sol de la poesía. Ame usted, pues, la poesía, como debe usted amar las flores, la música, las suntuosidades del mar y las bellezas de la naturaleza, como un adorno del alma; pero piense usted en todo lo que he tenido el honor de decirle acerca de los poetas. Guárdese usted de casarse con un tonto, y busque con cuidado al compañero que Dios le tiene señalado. Créame usted que existen muchos hombres de talento capaces de apreciarla y de hacerla feliz. Si yo fuese rico y usted pobre, pondría mi fortuna á sus pies, porque la creo á usted dotada de un alma llena de riquezas y de lealtad, y le entregaría á usted mi vida y mi dicha con plena confianza. Una vez más, adiós, rubia hija de la rubia Eva.»

La lectura de esta carta, devorada como un trago de agua en el desierto, hizo desaparecer la montaña que pesaba sobre el corazón de Modesta. Después, vió las faltas que había cometido en la concepción de su plan, y las reparó en el acto dando á Francisca unos sobres

de cartas en los que escribió ella misma su dirección á Ingouville, y recomendándole que no fuese más al *Chalet*. En lo sucesivo, Francisca, una vez llegada á su casa, pondría cada carta llegada de París bajo uno de aquellos sobres y la echaría secretamente al buzón del Havre. Modesta se prometió recibir en lo sucesivo ella misma al cartero, procurando estar en el dintel del *Chalet* á la hora en que aquél acostumbraba á pasar. Respecto á los sentimientos que inspiró á Modesta esta contestación, en la que el corazón del noble y pobre La Briere latía bajo el brillante fantasma de Canalis, diremos que fueron tan numerosos como las olas que van á morir una á una á la playa, cuando la joven, con los ojos fijos en el océano, se entregaba á la dicha de haber arponado, por decirlo así, un alma angelical en el mar parisiense, de haber adivinado que en los hombres notables el corazón podría estar á veces en armonía con el talento y de haberse visto bien aconsejada por la voz mágica del talento. Un poderoso interés iba á animar su vida. El recinto de aquella bonita habitación y los barrotes de su jaula estaban rotos. Su pensamiento volaba á todo vuelo.

—¡Oh! padre mío—se dijo mirando el horizonte,— ¡haznos, por Dios, muy ricos!

La respuesta que leyó cinco días después Ernesto de La Briere dirá mucho más que toda especie de comentarios.

VII

AL SEÑOR DE CANALIS

«Amigo mío: Permítame usted que le dé este título, pues me ha maravillado y quisiera verle á usted siempre como en aquella carta, la primera... ¡oh! ¡ojalá no sea la última! ¿Quién más que un poeta hubiera po-

dido nunca disculpar con tanta gracia á una joven y adivinarla?

»Quiero hablar á usted con la misma sinceridad con que dictó usted las primeras líneas de su carta. En primer lugar, le diré que, por fortuna, no me conoce. Puedo decirle con satisfacción que no soy ni esa cargante señorita Vilquín, ni la muy noble y muy rica señorita de Herouville, que flota entre los treinta y los cincuenta años, sin decidirse á escoger una cifra tolerable. El cardenal de Herouville floreció en la historia de la Iglesia antes que el cardenal de quien nos proviene la nobleza. No vivo en la espléndida quinta de los Vilquín, y á Dios gracias no corre por mis venas ni la millonésima parte de una gota de esa sangre helada tras los mostradores. Desciendo de Alemania y del mediodía de Francia, y anima mi pensamiento el sueño tudesco, y mi sangre la vivacidad provenzal. Soy noble por mi padre y por mi madre: por mi madre figuro en todas las páginas del almanaque de Gotha. Finalmente, le advierto á usted que he tomado mis precauciones y que ningún hombre ni autoridad puede descubrir mi incógnito. Permaneceré velada, desconocida. Respecto á mi persona y á mis dotes, tranquilícese usted; soy por lo menos tan hermosa como la personita en quien fijó usted sus miradas, y no creo ser pobre, á pesar de que no me acompañan en mis paseos diez hijos de pares de Francia. Por mi parte, he visto desempeñar ya la innoble comedia de la heredera adorada por sus millones. No intente usted, ni aún por apuesta, llegar hasta mí. Aunque libre, estoy guardada en primer término por mí misma, y después por gentes de valor que no titubearían en asesinar á usted si se atreviese á penetrar en mi retiro. No le digo esto para excitar su curiosidad ni su valor, pues no creo que necesite echar mano de ninguno de esos sentimientos para interesarle y para inspirarle cariño.

»Ahora respondo á la segunda edición, considerablemente aumentada, de su sermón.

»¿Quiere usted que le haga una confidencia? Al verle á usted tan desconfiado y tomándome por una Corina, cuyas improvisaciones me han aburrido tanto, me he dicho que las Musas le habfan conducido por medio de la curiosidad á sus vallecitos y le habían propuesto que probase los frutos de sus Parnasos. ¡Oh! pierda usted cuidado, amigo mío: si me gusta la poesía, no tengo versitos en cartera, y creo que no he caído ni caeré en semejante pecado. No se verá usted nunca fastidiado con *ligerezas* en uno ó dos volúmenes. En fin, si le digo á usted alguna vez: «¡Acuda! ¡venga!» sepa usted que no encontrará en mí una vieja pobre y fea. ¡Oh, amigo mío! ¡si supiese usted cuánto siento que haya venido al Havre! Al hacer esto, ha modificado lo que llama usted mi novela. No; Dios sólo, con sus poderosas manos, puede pesar el tesoro que reservaba al hombre que fuese bastante grande, confiado y perspicaz para salir de su casa creyendo en mis cartas, después de haber penetrado paso á paso en mi corazón, y llegar á nuestra primera cita con la sencillez de un niño. En mis sueños, atribuía esa inocencia á un hombre de genio. El tesoro lo ha encetado usted ya. Le perdono, porque vive en París, y después de todo el poeta es hombre. ¿Me tomará usted acaso por esto por una joven que cultiva el jardín encantado de las ilusiones? No se divierta usted en arrojar piedras á los cristales rotos de un castillo arruinado hace ya tiempo. ¿Cómo no adivina usted, que es hombre de talento, que la lección de su pedante primera carta se la había dado ya á sí misma la señorita Desta? No, querido poeta, mi primera carta no fué la piedra del niño que va divirtiéndose por un camino y se complace en asustar á un propietario que lee la cuota de las contribuciones al abrigo de sus espaldares, sino el anzuelo arrojado con prudencia por un pescador desde lo alto de una roca á orillas del mar en la confianza de una pesca milagrosa.

»Todo cuanto usted dice acerca de la familia me pa-

rece bien. El hombre que me agrada, aquel de quien me crea digna, tendrá mi corazón y mi vida, previo el consentimiento de mis padres, á quienes no quiero afligir ni sorprender, y con cuya anuencia cuento, porque no tienen preocupaciones. Finalmente, me siento fuerte contra las ilusiones de mi fantasía. Me he construído con mis propias manos una fortaleza, y he dejado que ésta sea fortificada por el cariño sin límites de aquellos que me guardan cual si fuese un tesoro, si bien no lo hacen porque yo no sepa defenderme sola; pues sepa usted que la casualidad me ha provisto de una armadura bien templada en la que está grabada la palabra DESPRECIO. Siento el más profundo horror por todo lo que huele á cálculo y por todo lo que no es puro, noble y desinteresado. Rindo culto á lo bello y á lo ideal sin ser romántica, pero después de haberlo sido para mí sola en mis sueños. Por esto, reconozco la verdad de las cosas evidentes que usted me ha escrito acerca de la vida social.

»Por de pronto, no somos ni podemos ser más que dos amigos. ¿Por qué buscar un amigo en un desconocido? dirá usted. La persona de usted no me es conocida, pero conozco y me agradan su talento y su corazón, y siento en mi alma una infinidad de delicadezas que me dicen que sólo un hombre de genio puede ser mi confidente. No pretendo que el poema de mi corazón sea inútil; al contrario, deseo que brille para usted como brilla únicamente para Dios. ¿Qué cosa más hermosa que un compañero al que puede confiársele todo? ¿Rechazará usted los escondidos pensamientos vírgenes que han de volar hacia usted como vuela la mariposa hacia la luz? Estoy segura de que usted no ha tenido nunca esta suerte: ¡las confianzas de una joven! Escuche usted su charla y acepte las músicas que no cantó aún más que para ella. Más tarde, si nuestras almas fraternizan, si nuestros caracteres están acordes, llegaría un día en que un antiguo criado de cabellos blancos le esperará á usted en el extremo

de un camino para conducirlo á un *Chalet*, á una quinta, á un castillo, ó á un palacio, pues no sé aun de qué color será el pabellón amarillo y moreno del himeneo (los colores de Austria, tan poderosa para el matrimonio), ni si el desenlace es posible; pero confiese usted que esto es poético y que la señorita Desta tiene buena pasta. ¿No le deja á usted en completa libertad? ¿va acaso en actitud celosa á vigilar los salones de París? ¿Le impone acaso los deberes ó las cadenas que los paladines se imponían antaño voluntariamente? No, le exijo á usted sencillamente una alianza moral y misteriosa. Vamos, venga usted á mi corazón cuando se sienta desgraciado, herido, fatigado. Entonces, dígame todo, no me oculte nada, que yo tendré elixires para curar todos sus dolores. Amigo mío, tengo veinte años, pero mi corazón tiene cincuenta, y, desgraciadamente, he sentido en otra yo misma los horrores y las delicias de la pasión. Conozco todas las cobardías é infamias que puede encerrar el corazón humano, y soy, sin embargo, la más honrada de las jóvenes. No, ya no tengo ilusiones; pero tengo una cosa que vale más: tengo una religión y creencias. Mire usted, ya empieza el juego de nuestras confianzas.

»Sea quien fuere mi marido, si yo lo he escogido, podrá dormir tranquilo y marcharse á las Indias, pues me encontrará á su vuelta trabajando la labor comenzada á su partida, sin que ninguna mirada se haya posado en mis ojos y sin que ninguna voz de hombre haya corrompido el aire que me rodee; y en cada punto de mi dicha labor reconocerá un verso del poema cuyo héroe habrá sido él. Aunque me haya dejado seducir por alguna bella ó engañosa apariencia, dicho hombre disfrutará de todas las flores de mis pensamientos, de todas las coqueterías de mi ternura y de los mudos sacrificios de una resignación digna y activa. Sí, me he prometido no exigir nunca á mi marido que me saque de casa cuando él no lo tenga á bien: seré la divinidad de su hogar. He aquí mi reli-

gión humana. Pero ¿por qué no poner á prueba y escoger al hombre para quien he de ser yo lo que la vida es al cuerpo? ¿Puede el hombre nunca sentir cansancio de la vida? ¿Y qué es la mujer que contraría al que ama? es la enfermedad en lugar de la vida. Por vida entiendo yo esa salud que nos hace disfrutar á todas horas.

» Volvamos á la carta de usted, que me ha de parecer siempre preciosa. Sí, bromas aparte, contiene lo que yo deseaba, una expresión de sentimientos prosaicos tan necesarios para la familia como lo es el aire para el pulmón, y sin los cuales no hay dicha posible. Obrar como hombre honrado, pensar como poeta, amar como aman las mujeres, esto es lo que deseaba de mi amigo y que no es sin duda ahora más que una quimera.

» Adiós, amigo mío. Por el momento soy pobre, y esta es una de las razones que me hacen desear el antifaz, el incógnito, mi inexpugnable fortaleza. ¡Con qué delicia leí sus últimos versos en la *Revista* después de haberme iniciado en las austeras y secretas grandezas de su alma!

» ¿Se considerará usted desgraciado al saber que una joven ruega á Dios fervorosamente por usted, que es su único pensamiento y que no tiene más rivales que un padre y una madre? ¿Existe alguna razón para que rechace usted estas páginas, que sólo se ocupan de usted, que están escritas para usted y que sólo por usted han de ser leídas? Correspóndame. Soy tan poco mujer aún, que sus confidencias, con tal que sean sinceras, constituirán la dicha de su

» O. DESTA M. »

— ¡Dios mío! ¿estoy yo enamorado? — exclamó el joven refrendario, que echó de ver que había permanecido con la carta en la mano hasta una hora después de haberla leído. — ¿Qué hacer? ¡Ella cree que escribe á nuestro gran poeta! ¿debo continuar este engaño? ¿Será una mujer de cuarenta años ó una joven de veinte?

Ernesto permaneció fascinado por el abismo de lo desconocido. Lo desconocido es lo infinito obscuro, y nada hay tan atractivo. En una vida ocupada como la de Canalis, una aventura de este género desaparece como una tormenta de verano; pero en la de un refrendario, que espera la vuelta á los negocios del sistema cuyo representante es su protector, y que, por discreción, iba preparando el terreno á Canalis para que subiese á la tribuna, esta bonita joven, en quien su imaginación persistía en hacerle ver á la joven rubia, debía albergarse en su corazón y causar en él los mil estragos de las novelas que producen en una existencia modesta los mismos efectos que un lobo en un corral. Mucho se preocupó, pues, Ernesto de la desconocida del Havre, á la que respondió con la carta siguiente, carta estudiada, pretenciosa, pero en la que la pasión empezaba á revelarse por el despecho.

VIII

Á LA SEÑORITA O. DESTA M.

« Señorita: ¿Es leal venir á ocupar el corazón de un poeta con el pensamiento oculto de abandonarle luego, si no lo encuentra usted conforme á sus deseos, legándole eternas desazones, enseñándole por algunos instantes la imagen de la perfección, aunque sólo sea ésta ficticia, ó por lo menos un principio de dicha? He sido muy imprevisor al solicitar esta carta en que usted comienza á desarrollar la elegante madeja de sus ideas. Un hombre puede perfectamente enamorarse de una desconocida que sabe aliar tanto atrevimiento con tanta originalidad, tanta fantasía con tanto sentimiento. ¿Quién no desearía conocerla á usted, después de haber leído esta primera confidencia? Tuve que hacer esfuerzos verdaderamente grandes para conser-

var mi razón al pensar en usted, pues usted refine todo lo que puede turbar el corazón y la cabeza de un hombre. Aprovecho el resto de sangre fría que conservo en estos instantes para hacerle humildes advertencias. ¿Cree usted, pues, señorita, que cartas, más ó menos sinceras con relación á la vida tal cual es, más ó menos hipócritas (pues las cartas que nos escribiríamos serían la expresión del momento en que las redactásemos, y no el sentido general de nuestros caracteres); cree usted, repito, que por hermosas que sean podrán reemplazar nunca á la expresión que de nuestro modo de ser denotaríamos nosotros mismos en el transcurso de una vida vulgar? El hombre es doble: hay en él la vida visible, la del corazón, para la cual pueden bastar las cartas, y la vida mecánica, á la cual se da, ¡ay de mí! á la edad de usted, más importancia de la que se cree. Estas dos existencias deben estar de acuerdo con el ideal que usted acaricia, lo cual, dicho sea de paso, es muy raro. El homenaje puro, espontáneo, desinteresado de un alma solitaria, instruída y casta á la vez, es una de esas flores celestes cuyos colores y perfumes consuelan de todas las penas, de todas las heridas y de todas las traiciones que origina en París la vida literaria, y le doy á usted las gracias por su acción; pero, después de este poético cambio de mis dolores por las perlas de su generosidad, ¿qué puede usted esperar? Yo no tengo el genio ni la magnífica posición de lord Byron; no tengo tampoco la aureola de su condena ficticia ni de su falsa desgracia social. Pero ¿qué hubiese usted esperado de él en una circunstancia semejante? Su amistad, ¿verdad? Pues bien, el que no debía tener más que orgullo, estaba devorado por mortificantes vanidades que hacían imposible la amistad. Yo, mil veces más pequeño que él, ¿no puedo tener defectos de carácter que hagan la vida á mi lado desagradable y que constituyan á la amistad en pesada carga?... En cambio de sus sueños, ¿qué recibiría usted? Los fastidios de una vida que no ar-

monizaría en nada con la suya. Este contrato es insensato. He aquí por qué. Mire usted, su proyectado poema no es más que un plagio. Una joven de Alemania, que no era, como usted, medio alemana, sino alemana completa, en medio del entusiasmo de sus veinte años adoró á Gøthe, é hizo de él su amigo, su religión y su dios, á pesar de que sabía que era casado. La señora Gøthe, como buena alemana y como mujer de poeta, se prestó á aquel culto con socarrona complacencia, que no curó de su pasión á Betina. Pero ¿qué ocurrió? Que aquella extática acabó por casarse con un robusto alemán. Entre nosotros, confesemos que una joven que se hubiese constituido en esclava del genio, que se hubiese igualado á él por la comprensión, que lo hubiese adorado piadosamente hasta su muerte como lo hace una de esas divinas figuras trazadas por los pintores en las vidrieras de sus capillas místicas, y que, cuando Alemania pierda á Gøthe, se retire á alguna soledad para no ver á nadie, como lo hizo la amiga de lord Bolingbroke, confesemos, repito, que una joven así gozaría de la gloria del poeta del mismo modo que goza María Magdalena para siempre del sangriento triunfo de nuestro Salvador. Si esto ocurre con lo sublime, ¿qué ocurriría con lo que no lo es?

»No siendo un lord Byron ni un Gøthe, dos colosos de poesía y de egoísmo, sino sencillamente el autor de algunas poesías apreciadas, no podría reclamar de ningún modo los honores de un culto. Soy muy poco mártir, pues tengo corazón y ambición, soy joven y espero hacer fortuna. Heme aquí tal como soy. La bondad del rey y las protecciones de sus ministros me proporcionan una existencia desahogada. Tengo todas las apariencias de hombre muy ordinario. Voy á las veladas de París como cualquier hijo de vecino. Pero voy en un coche cuyas ruedas no marchan sobre un terreno solidificado, como lo exigen los tiempos actuales, con una cantidad suficiente en papel del Estado.

No soy, pues, rico, ni gozo tampoco de la fama que da el vivir en una buhardilla, el trabajo ímprobo y la gloria y la miseria, á ciertos hombres que valen más que yo, como de Arthez, por ejemplo. ¿Qué desenlace prosaico va usted á buscar en las encantadoras fantasías de su joven entusiasmo? no prosigamos. Si he tenido la dicha de parecerle á usted una rareza terrestre, usted habrá sido para mí algo luminoso y elevado, algo así como esas estrellas que se inflaman y desaparecen. Que nada empañe este episodio de nuestra vida. Continuando de este modo, podría llegar á amarle á usted y concebir una de esas locas pasiones que nos hacen atropellarlo todo y que hacen nacer en nuestro corazón un fuego cuya violencia es mortificante, según su mayor ó menor duración. Suponiendo que logre llegar hasta usted, acabaríamos de la manera más vulgar: un casamiento, un hogar, hijos... ¡Oh! personificación de Belisa y de Enriqueta Chrysale, ¿es esto posible?... ¡Adiós, pues!»

IX

AL SEÑOR DE CANALIS

«Amigo mío: La carta de usted me ha causado tanta pena como alegría. Acaso no tardemos en experimentar únicamente goce cuando leamos mutuamente nuestras cartas. Compréndame usted bien. Se dirige una á Dios, le hace una multitud de preguntas, y permanece mudo. Yo quiero que usted me dé las respuestas que Dios se ha negado á darme. ¿No podemos imitar la amistad de la señorita de Gournay y de Montaigne? ¿No conoce usted el hogar de Sismonde de Sismondi en Ginebra, que es el interior más encantador que se ha conocido y que se ha comentado, algo así como el marqués y la marquesa de Pescara, felices

hasta en su vejez? ¡Dios mío! ¿sería posible que existiesen, como en una sinfonía, dos arpas que á distancia se respondiesen, vibrasen y produjesen una deliciosa melodía? El hombre, sólo en la creación, es á la vez el arpa, el músico y el oyente. ¿Me ve usted acaso inquieta como si fuese una mujer ordinaria? ¿No sé que frecuenta usted el mundo y que ve en él á las mujeres más hermosas y más graciosas de París? ¿No puedo presumir que alguna de esas sirenas se digne conquistarle á usted y que haya sido ella la que dictó la respuesta cuyas prosaicas consideraciones me entristecen? Amigo mío, existe algo más hermoso que esas flores de la coquetería parisiense; existe una flor que crece en lo más elevado de esos picos alpestrés llamados hombres de genio, que con el orgullo de la humanidad, á quien fecundan derramando sobre ella las fuentes cuyo manantial supieron buscar con su cabeza en los cielos; esa flor quiero cultivarla y hacerla brotar, pues sus silvestres y gratos perfumes no le faltarán á usted nunca, serán eternos. Hágame usted el honor de no creer en mí nada vulgar. Si yo hubiese sido Betina, pues ya sé á quien se refiere usted, no hubiera sido nunca la señora de Arnim, y si hubiese sido una de las mujeres de lord Byron, estaría á estas horas en un convento. Usted ha atacado el lugar sensible de mi corazón. No me conoce usted, pero ya me conocerá. Siento en mí algo sublime, de lo cual puedo hablar sin vanidad. Dios puso en mi alma la raíz de esa planta híbrida nacida en los Alpes de que acabo de hablar, y no quiero ponerla en un tiesto de mi ventana para verla morir allí. No, este magnífico color, único y de embriagadores perfumes, no frecuentará los lugares vulgares de la vida; es de usted, sin que ninguna mirada lo marchite, de usted para siempre. Sí, querido, para usted todos mis pensamientos, hasta los más secretos y los más locos; para usted mi corazón de virgen, para usted un afecto infinito. Si su persona no me conviene, no me casaré nunca, pues puedo

vivir de la vida del corazón, con el talento de usted, con sus sentimientos, los cuales me agradan, y seré siempre lo que soy ahora, una buena amiga suya. Hay en usted algo bello en la parte moral, y eso me basta. Ahí estará cifrada mi vida. No desdénese usted á una joven y hermosa esclava que no recula de horror ante la idea de ser algún día la anciana ama de llaves del poeta, un poco su madre, un poco su ama, un poco su razón y un poco su riqueza. Esta joven adicta, tan preciosa para su existencia, es la amistad pura y desinteresada á la que se le dice todo, que escucha á veces meneando la cabeza y que vela hilando á la luz de un quinqué á fin de estar presente cuando el poeta vuelve calado por la lluvia ó refunfuñando. Este será mi destino, si no me está reservado el de ser la esposa feliz y fiel para siempre, y á ambos sonrió igualmente. Y ¿cree usted que Francia se perjudicaría porque la señorita Desta no le dé dos ó tres hijos, porque no sea una señora Vilquín cualquiera? Respecto á mí, puedo asegurar que nunca seré solterona. Me haré madre por medio de la beneficencia y de mi secreta cooperación á la existencia de un gran hombre, á quien daré cuenta de mis pensamientos y de mis esfuerzos. Tengo un profundo horror á la vulgaridad. Si soy libre, si soy rica, sé también que soy joven y hermosa, y nunca perteneceré á ningún necio bajo pretexto de que es hijo de un par de Francia, ni á ningún negociante que puede arruinarse en un día, ni á un hombre guapo que sea la mujer de la casa, ni á un hombre que me haga enrojecer mil veces al día de ser suya. Respecto á este punto esté usted bien tranquilo. Mi padre siente demasiada adoración por mis deseos para que los contrarie nunca. Si agrado á mi poeta, si él me agrada, el brillante edificio de nuestro amor estará construído á tal altura, que ha de ser completamente inaccesible á la desgracia; soy un aguilucho, y lo verá usted en mis ojos. No le repetiré á usted lo que le dije ya, pero lo resumiré en pocas palabras, confe-

sándole que me consideraré feliz de verme aprisionada por el amor como lo estoy ahora por la voluntad paterna. Vaya, amigo mío, procuremos hacer verosímil lo que nos ocurre por mi voluntad.

»Una joven de imaginación viva, encerrada en una torrecilla, se muere de deseos de correr por el parque donde solamente penetran sus ojos, inventa un medio para abrir la reja, salta por la ventana, escala el muro, y va á loquear á casa del vecino. Esto es una comedia eterna... Pues bien, esa joven es mi alma, y el parque del vecino es el genio de usted. ¿No es esto natural? ¿Ha habido nunca vecino alguno que se haya quejado de que su emparrado haya sido roto por unos pies bonitos? Con esto basta para el poeta. Pero ¿quiéne nuevas razones el sublime razonador de la comedia de Molière? Pues helas aquí. Mi querido regañón, generalmente los matrimonios se hacen al revés de lo que aconseja el sentido común. Una familia toma informes de un joven, y si el futuro proporcionado por la vecina ó pescado en un baile no ha robado, si no tiene ningún defecto visible, si posee la fortuna deseada, si sale de un colegio ó de una escuela de derecho y ofrece las garantías ordinarias acerca de su educación, y si lleva bien la ropa, se le permite que vaya á ver á una joven, encorsetada desde por la mañana, á quien su madre ordena que mire mucho lo que dice y que no deje trascender nada de lo que pasa en su alma y en su corazón á su rostro, procurando grabar en él una sonrisa de bailarina que acaba de dar una pirueta, que ha recibido las instrucciones más positivas acerca del peligro de mostrar su verdadero carácter y á quien se ha recomendado que no dé pruebas de una instrucción alarmante. Los padres, cuando las cuestiones de interés están de acuerdo, tienen la candidez de comprometer á los prometidos á que se conozcan mutuamente, durante los instantes bastante fugitivos en que están solos, y en que charlan y se pasean sin ninguna clase de libertad, porque saben ya que están compro-

metidos. El hombre adorna entonces lo mismo su alma que su cuerpo, y la joven por su parte hace otro tanto. Esta lastimosa comedia, entremezclada de ramilletes, de alhajas y de giras campestres, se llama *hacer la corte á la prometida*. Esto es lo que me ha irritado, y quiero hacer suceder el matrimonio legítimo á algún largo matrimonio de las almas. Este es el único momento de la vida de una joven en el que le son necesarias la reflexión, la experiencia y la penetración, pues se juega su libertad y su dicha, y ustedes no le dejan el cubilete ni los dados; apuesta y tiene que formar corro. Tengo el derecho, la voluntad, el poder y el permiso para procurarme la dicha por mí misma, y uso de ese permiso, de ese poder, de esa voluntad y de ese derecho como lo hizo mi madre, la cual, aconsejada por su instinto, se casó con el más generoso, el más fiel y el más amante de los hombres, que fué amado por su belleza en una velada. Yo sé que usted es libre, poeta y guapo. Esté usted seguro de que no hubiera escogido por confidente á ninguno de sus colegas que estuviese casado ya. Si mi madre fué seducida por la belleza, que sin duda es el genio de la forma, ¿por qué no he de ser yo atraída por el talento y la forma reunidos? ¿Le conocería yo á usted mejor estudiándole por carta, que empleando la práctica vulgar de algunos meses de relaciones? Esta es la cuestión, diría Hamlet. Pero mi proceder, mi querido Chrysale, ofrece al menos la ventaja de no comprometer nuestras personas. Ya sé que el amor tiene sus ilusiones, y que toda ilusión trae consecuencias. Esta es la razón del divorcio de muchos amantes que se creían unidos para siempre. La verdadera prueba es el sufrimiento y la dicha. Cuando, después de haber sufrido esta doble prueba de la vida, dos seres han puesto de manifiesto sus defectos y sus cualidades, y han observado mutuamente sus caracteres, pueden ir hasta la tumba llevándose de la mano; pero, querido Argante mío, ¿quién le dice á usted que no tiene porve-

nir nuestro pequeño drama comenzado?... Y de todos modos, ¿no habremos gozado del placer de nuestra correspondencia?

»Monseñor, espero sus órdenes, y me digo de todo corazón

»Su servidora,

»O. DESTA M.»

X

Á LA SEÑORITA O. DESTA M.

»Francamente, es usted un demonio; ¡la amo á usted! ¿es esto lo que deseaba, joven original? ¿Pretende usted acaso únicamente distraer su ociosidad de provinciana contemplando las tonterías que puede cometer un poeta? Si esto es así, su acción no tiene nada de laudable. Sus dos cartas últimas denotan malicia suficiente para inspirar esta duda á un parisiense. Pero yo no soy dueño de mí, y mi vida y porvenir dependen de la respuesta que usted me dé. Dígame si la seguridad de un afecto sin límites, concedido en la más completa ignorancia de las conveniencias sociales, la conmovirá á usted; dígame, en una palabra, si me permite usted que la busque... Habrá indudablemente para mí bastantes incertidumbres y angustias en la cuestión de si mi persona le agradará á usted ó no. Si me responde usted favorablemente, cambio de vida y me despido de muchos aburrimientos á los que tenemos la locura de llamar felicidad. La felicidad, mi querida y hermosa desconocida, es lo que usted sueña: una fusión completa de sentimientos, un perfecto acuerdo de almas, una viva copia del hermoso ideal (lo que Dios nos permite tener aquí abajo) en las acciones vulgares de la vida, á cuyo curso es preciso obedecer, y finalmente, la constancia del corazón, que es más apreciable que lo que nosotros llama-

mos fidelidad. ¿Puede decirse que se hacen sacrificios cuando se trata de un bien supremo, el sueño de los poetas, el sueño de las jóvenes, el poema que á la entrada de la vida, y tan pronto como el pensamiento despliega sus alas, ha acariciado con sus miradas cada hermosa inteligencia y ha incubado con sus ojos para verla romperse en un tropiezo tan duro como vulgar, pues, para la generalidad de los hombres, el pie de la realidad se coloca sobre ese huevo misterioso que no se abre casi nunca! ¡Oh! ¡hábleme, dígame una palabra, y la amaré hasta que mis ojos se cierren, como el marqués de Pescara amó á su mujer, como Romeo á Julieta, y fielmente! Nuestra vida, para mí al menos, será esa *felicidad sin turbación ninguna* de que habla Dante como elemento constitutivo de su *Paraiso*, poema muy superior á su *Infierno*. ¿Cosa rara! no es de mí, sino de usted de quien dudo en las largas meditaciones, con las cuales me he complacido, como usted acaso, en seguir el curso quimérico de una existencia soñada. Sí, querida mía, me siento con fuerza para amar de este modo, para ir hacia la tumba con suave lentitud y con aire siempre risueño, dando el brazo á una mujer amada y sin turbar nunca la placidez del alma. Sí, tengo valor para afrontar nuestra doble vejez y para llegar á encanecer como el venerable historiador de Italia, animado aún por el mismo afecto, pero transformado según el espíritu de cada estación de la vida. Mire usted, hoy me es imposible ya conformarme con ser únicamente su amigo. Aunque Chrysale, Oronte y Argante revivan en mí, según dice usted, no soy aún bastante viejo para beber en una copa sostenida por las encantadoras manos de una mujer disfrazada, sin experimentar un feroz deseo de desgarrar el dominó y el antifaz y verle el rostro. Ó no me escriba usted, ó deme alguna esperanza. Que yo la entrevea, ó que cese este juego. ¿Tendré que decirle adiós para siempre? ¿Me permite que me firme

»Su amigo»

XI

AL SEÑOR DE CANALÍS

«¡Qué lisonja! ¡con qué rapidez se convirtió el grave Anselmo en el hermoso Leandro! ¿Á qué debo atribuir semejante cambio? ¿Á esas pinceladas negras que di sobre fondo blanco, y á esas ideas que son, comparadas con las flores de mi alma, lo que es una rosa dibujada á lápiz comparada con las rosas del jardín? ¿ó el recuerdo de la joven á quien tomó usted por mí, la cual es, con respecto á mi persona, lo que es la criada con respecto á la señora? ¿Hemos cambiado de papeles? ¿Soy yo la razón? ¿es usted la fantasía? Basta de broma. La carta de usted me ha hecho sentir embriagadores placeres del alma, los primeros que no debo á los sentimientos de la familia. ¿Qué son, como dijo un poeta, los lazos de la sangre, que tanto pesan en las almas ordinarias, en comparación con los que nos forja el cielo mediante misteriosas simpatías? Déjeme usted que le dé las gracias. Pero no, que por estas cosas no se dan las gracias. Bendito sea usted por la dicha que me ha proporcionado; feliz sea usted por la alegría que ha comunicado á mi alma. Usted me ha explicado algunas aparentes injusticias de la vida social. Hay un no sé qué brillante y varonil en la gloria, que no siento bien más que al hombre, y Dios nos ha prohibido llevar esa aureola, dejándonos el amor y la ternura para que refresquemos las frentes ceñidas con su terrible luz. He comprendido mi misión, ó, mejor dicho, usted me la ha confirmado.

»Á veces, amigo mío, me he levantado por la mañana en un estado de inconcebible placidez. Una especie de paz tierna y divina me daba una idea del cielo. Mi primer pensamiento era una bendición. Llamaba

á estas mañanas mis *madrugadas de Alemania*, en oposición con mis *puestas de sol del Mediodía*, llenas de acciones heroicas, de batallas, de fiestas romanas y de poemas ardientes. Después de haber leído esta carta en que usted denota sentir una febril impaciencia, yo he notado en mi corazón la frescura de una de esas celestiales madrugadas en que me gustaba el aire, la naturaleza, y en que me sentía destinada á morir por un ser amado. Una de las poesías de usted, el *Canto de una joven*, describe ese momento delicioso en que la alegría es plácida y en que la plegaria es una necesidad, y es mi obra favorita. ¿Quiere usted que le diga con una sola palabra todas mis lisonjas? ¡le creo digno de ser mío!...

»Su carta, aunque corta, me permitió leer en el interior de usted. Sí, he adivinado sus tumultuosos impulsos, su curiosidad picada, sus proyectos, todos los haces aportados (¿por quién?) para las hogueras del corazón. Pero todavía no le conozco á usted bastante para responder á su pregunta. Escúcheme bien, querido: el misterio me permite este abandono, que deja ver el fondo de mi alma. Una vez vista, adiós nuestro mutuo conocimiento. ¿Quiere usted que hagamos un pacto? ¿Le fué perjudicial el primero que llevamos á cabo? con él ganó usted mi estimación, y no eche en olvido, amigo mío, que ya es mucho cambiar la admiración en estimación. Escribame usted, ante todo, su historia en pocas palabras, cuénteme su vida en París día por día, con completa sinceridad y como si hablase con una antigua amiga, y después yo le ayudaré á usted á dar un paso más en nuestra amistad. Prométele sinceramente, amigo mío, que me dejaré ver, lo cual no es poco. Le advierto también que esto no es una intriga ni una aventura, y que no puede resultar de aquí ninguna especie de galantería, como acostumbra á decir ustedes los hombres. Se trata de mi vida, y lo que me causa á veces espantosos remordimientos, á causa de los pensamientos que dejo volar hacia

usted, es que se trata también de la vida de un padre y de una madre adorados, á quienes mi elección tiene que agradar, y los cuales deben encontrar un verdadero hijo en mi amigo.

»¿Hasta qué punto pueden someterse á la familia y á sus pequeñeces los espíritus soberbios de ustedes, á los que Dios da las alas de sus ángeles sin dotarlos siempre de su perfección?... ¡Cuánto he meditado yo ya este punto!... ¡Oh! si me he dicho, antes de marchar hacia usted, en mi interior: «¡Vamos!...», no por eso he dejado de sentir mi corazón palpitante en la carrera, ni disimulé las arideces del camino ni las dificultades de la cima que tenía que escalar. Todo lo he abrazado en mis largas meditaciones. ¿No sé que los hombres eminentes como lo es usted, conocieron el amor que inspiraron tan bien como el que sintieron; que tuvieron más de una intriga, y que usted sobre todo, acariciando esas quimeras de raza que las mujeres compran á precios locos, se ha procurado más desenlaces que primeros capítulos? Y sin embargo, me dije: «¡Adelante!» porque he estudiado más de lo que usted cree la geografía de esas grandes cimas de la humanidad tachadas por usted de frías. ¿No me ha dicho usted que lord Byron y Goethe eran dos colosos de egoísmo y de poesía? ¡Eh! amigo mío, ha caído usted en el error en que caen las gentes superficiales; pero ¿acaso era en usted esto generosidad, falsa modestia ó deseo de evitarme? Se le puede permitir al vulgo, pero no á usted, el confundir los efectos del trabajo con una cualidad de la personalidad. Ni lord Byron, ni Goethe, ni Walter Scott, ni Cuvier, ni ningún inventor se pertenecen porque son esclavos de una idea, y este misterioso poder, que es más celoso que una mujer, los hace vivir y los mata á su antojo. Los efectos visibles de esa existencia oculta se parecen en la forma al egoísmo; pero ¿cómo atreverse á decir que el hombre que se ha sacrificado por el placer, la instrucción ó la grandeza de su época es egoísta? ¿Acaso

se critica á una madre cuando lo inmola todo á su hijo?... Pues bien, en eso estriba todo, ¡en que los destructores del genio no ven su fecunda maternidad! La vida del poeta es un sacrificio tan continuo, que necesita estar dotado de una organización gigantesca para poder entregarse á los placeres de una vida ordinaria, y asimismo, cuántas desgracias no se acarrea cuando, imitando á Molière, quiere vivir de la vida de los sentimientos al mismo tiempo que los expresa en medio de sus punzantes crisis; pues, para mí, mirado á través del prisma de su vida privada, lo cómico de Molière resulta horrible. La generosidad del genio me parece casi divina, y yo le he colocado á usted en esa noble familia de supuestos egoístas. ¡Ah! si yo hubiese encontrado cálculo, sequedad y ambición donde admiro mis más amadas flores del alma, no sabe usted el acerbo dolor que hubiera experimentado. Yo encontré al desengaño sentado á la puerta de mis diez y seis abriles. ¿Qué hubiera sido de mí al saber á los veinte años que la gloria es engañosa, y al ver que aquel que en sus obras había expresado tantos sentimientos ocultos en su corazón no comprendía mi corazón, cuando se descubría únicamente para él? ¡Oh! amigo mío, ¿sabe usted lo que hubiera sido de mí? Pues bien, le hubiera dicho á mi padre: «Tráigame el yerno que más le agrade, cáseme á su gusto, que yo abdicó de mi voluntad». Y aunque ese hombre hubiese sido un notario, un banquero, un estúpido, un provinciano, fastidioso como un día de lluvia, vulgar como un elector, aunque hubiera sido un fabricante ó algún valiente militar sin talento, hubiera tenido en mí á la más atenta y resignada de las esclavas. Pero ¡horrible suicidio de todos los momentos! jamás se hubiera desplegado mi alma bajo la acción del calor vivificante de un sol amado, ningún murmullo hubiera revelado á mi padre, á mi madre, ni á mis hijos el suicidio de la criatura que en este momento rompe los barrotes de su prisión, lanza rayos por los ojos, vuela presurosa

hacia usted y se acurruca como Polimnia en el ángulo de su despacho, respirando allí su atmósfera y mirándolo todo con ojos plácidamente curiosos. Alguna vez, durante deliciosa gira campestre, adonde mi marido me hubiese conducido alejándome un tanto de las carcerolas, al presenciar una de aquellas espléndida alboradas, hubiese derramado amargas lágrimas. Finalmente, hubiera tenido en mi corazón y en algún rincón de mi cómoda, el pequeño tesoro para todas las jóvenes burladas por el amor, pobres almas poéticas llevadas al suplicio con sonrisas... Pero yo creo en usted, amigo mío, y esta creencia rectifica los pensamientos más fantásticos de mi ambición secreta; y, para que vea usted hasta donde llega mi franqueza, le diré que hay momentos en que estoy tan segura de la firmeza de mis sentimientos, de la fuerza de mi corazón para amar, de la constancia de mi razón, y del heroísmo para el deber que me he impuesto, si es que el amor puede alguna vez convertirse en deber, que desearía estar á la mitad de la novela que empezamos.

»Si le fuese dable seguirme al magnífico retiro donde yo nos veo á ambos felices; si conociese mis proyectos, no podría menos de escapársele á usted una frase terrible, de la cual formaría parte la palabra locura, y acaso sería cruelmente castigada por haber inspirado tanta poesía á un poeta. Sí, quiero ser un manantial inagotable durante los veinte años que nos concede la naturaleza para brillar. Quiero alejar el hastío mediante la coquetería y el esmero. Seré valerosa para mi amigo, como las mujeres lo son para el mundo. Quiero variar la dicha, quiero la ternura con talento y dotar á la fidelidad de algún excitante. Ambiciosa, quiero matar á las rivales del pasado, conjurar las penas exteriores con la dulzura de la esposa y con su altiva abnegación, y tener toda la vida ese cuidado del nido que los pájaros tienen únicamente durante algunos días. Antes de caer en el fango de las transacciones vulgares, esta inmensa dote pertenece y debe ser ofrecida á un gran

hombre. ¿Cree usted ahora que cometí una falta al escribirle mi primera carta? El soplo de una voluntad misteriosa me empujó hacia usted como la tempestad empuja al rosal hacia el tronco de un majestuoso sauce. Y en la carta que yo tengo aquí, sobre mi corazón, usted exclamó como su antepasado cuando partió para la cruzada: «¡Dios lo quiere!»

»¿No se dirá usted: «¡Qué charlatana es!»? Pues sepa que en torno mío ocurre lo contrario, todos dicen: «¡Qué taciturna está la señorita!»

»O. DESTA M.»

Estas cartas parecieron muy originales á las personas á cuya benevolencia las debe *la Comedia humana*; pero su admiración por este duelo entre dos almas que cruzan la pluma mientras que el más severo incógnito cubre con un antifaz sus rostros, podría no ser despertada. De cien espectadores, ochenta se cansarían de este asalto. El respeto debido á la mayoría, aunque sólo se presintiese, en todo país de gobierno constitucional, ha aconsejado que se suprimiesen once cartas más que se cruzaron entre Ernesto y Modesta durante el mes de septiembre. Si una halagüeña mayoría las reclama, esperamos que ella misma nos dará los medios de estamparlas aquí algún día.

Excitadas por un espíritu tan agresivo como adorable parecía el corazón, los sentimientos verdaderamente heroicos del pobre secretario particular se abrieron campo con estas cartas, que la imaginación de cada uno contribuirá á hacer más hermosas de lo que lo son, adivinando en ellas el concierto de dos almas libres. Así es que Ernesto no vivía más que para estos agradables trozos de papel, del mismo modo que el avaro no vive más que para los del Banco, mientras que un amor profundo sucedía en Modesta al placer de agitar una vida gloriosa, y de ser su principio á pesar de la distancia. El corazón de Ernesto completaba la gloria de Canalis. ¡Ay de mí por des-

gracia, las más de las veces se necesitan dos hombres para componer un amante perfecto, del mismo modo que en literatura no se compone un tipo á no ser empleando las singularidades de varios caracteres similares. Cuántas veces, después de una conversación íntima, no se ha dicho una mujer en un salón ó en un baile:

—Este sería mi ideal para el alma, y comprendo que amaría á aquel que no es más que el sueño de los sentidos.

La última carta escrita por Modesta, y que estampamos á continuación, permite ver la *isla de los Faisanes* adonde las sinuosidades de esta correspondencia conducían á estos dos amantes.

XXIII

AL SEÑOR DE CANALIS

«El domingo esté usted en el Havre; entre en la iglesia, dé una á dos vueltas después de la misa de la una, y salga sin decir nada á nadie y sin hacer pregunta alguna, pero lleve una rosa blanca en el ojal. Después, vuélvase á París, y allí recibirá usted mi respuesta. Esta respuesta no será lo que usted cree, pues ya le he dicho que el porvenir no me pertenece aún... Pero ¿no sería una verdadera locura decirle á usted que sí sin haberle visto? Cuando haya tenido ese gusto podré decirle no, sin herirle: estoy segura de permanecer desconocida.»

Esta carta había sido echada al correo la víspera del día en que aconteció la inútil lucha entre Modesta y Dumay. La feliz Modesta esperaba, pues, con febril impaciencia la llegada del domingo, día en que sus